

El regreso de Quetzalcóatl

El presidente de la república dijo en su toma de posesión que la situación del país estaba atravesando por condiciones críticas. Y después de eso pidió confianza y tiempo para poder mejorar las cosas.

La confianza que la burocracia política gobernante tiene en la ingenuidad de los mexicanos es no sólo de gran magnitud, sino un alarde de prepotencia. ¿Será que la mayoría de los mexicanos quiere creer en algo y, a cambio de ello, no vacila en hacerlo en lo que quiere creer? Es como si hubiera un pensamiento mágico. Algo así como creer en los milagros. ¿Será la reencarnación de Quetzalcóatl?

El sector gobernante en México, además de hacer referencias a verdades incompletas, utiliza para su dominio la proclividad popular a la aceptación de mitos, de representaciones inexplicables racionalmente y de rasgos ideológicos propios de lo que algunos marxistas denominan conciencia falsa. El presidente aludió a la realidad, pero junto con ella produjo una ilusión de la realidad: aquélla que supone que una persona, un semidiós, Quetzalcóatl en suma, va a salvar al pueblo de la crisis en que se encuentra. Es parte de la representación ideológica que inculca la clase dominante a los dominados; es la conciencia falsa con la que se aliena a las masas trabajadoras del país.

La ingenuidad no es sinónimo de ignorancia. La mayor parte de los ignorantes son ingenuos, pero no a la inversa necesariamente. A los pueblos primitivos se les mantenía en la ignorancia para que el brujo pudiera sorprenderlos con un eclipse, una tormenta o el fuego. La ingenuidad está asociada a lo inexplicable. Si la población creía en el brujo, éste nunca tenía que explicar lo que iba a hacer, pues su poder lo basaba en la fe de los miembros de la comunidad, quienes a su vez confiaban su futuro en la buena voluntad del brujo; llegaban a creer que gracias a sus poderes había, por ejemplo, "lleva buena" para sus cosechas.

El mismo expediente utilizaron los conquistadores de aquí y de allá. El argumento era el mismo, aunque más sofisticado; incorporaron tecnología como la pólvora, el arma de fuego. Pero siempre se recurrió a la tendencia al pensamiento mágico de los ignorantes. Las iglesias hicieron lo mismo. La fe se ha basado siempre en el misterio y en el aprovechamiento de las deficiencias humanas.

Esto no ha cambiado sustancialmente. Ahora se usan por igual los mitos, tanto religiosos como científicos. Es Dios, es Gólem; el hombre biónico o el Niño Fidencio. Pero también la espera del Mesías o de Quetzalcóatl: éste sí ha de ser, se exclama. De la misma manera que el que compra billetes de lotería: siempre y cada vez cree que "ahora sí le va a pegar". Es la esperanza ayuna de todo pragmatismo, al mismo tiempo que cargada de *antis*: antico-

munismo, anticambios, antitodo lo que lastime la apariencia de estabilidad. Es en suma el conformismo individual envuelto en la magia y la esperanza —lo que conduce a la fe en el poder, cualquiera que éste sea, terrenal o mítico, y entre más mítico mejor.

Igual ahora que en los tiempos idos, grandes mayorías se aferran a las creencias, a la fe, a la necesidad de creer y de dejar en manos del “brujo” la solución, particularmente en épocas de crisis. La desesperación conduce a afirmar la ingenuidad: es una de las tantas formas de evadirse de la realidad. Siempre es más fácil en momentos de crisis, de angustia, de inestabilidad poder creer que la solución está en manos de alguien o algo: igual se trataría de Dios, de la suerte, del gran sacerdote, que del rey, el presidente o incluso entelequias más sofisticadas: la ciencia y la técnica, por ejemplo.

En el ámbito político, las cosas no son muy distintas. Durante años los políticos mexicanos prometieron mucho y cumplieron menos. Los cambios de gobierno facilitaron la renovación de la fe. Se pensó por largo tiempo que lo no cumplido por el gobernante en turno sería satisfecho por su sucesor, quien hacía nuevas promesas. Promesas eran esperanzas. Entre más prometía un gobernante, mayores esperanzas creaba. Bastaba que se lograra la mitad de lo prometido y muchos pueblos estarían mejor que antes. Nunca lo cumplido rebasó lo prometido.

Pero este sistema se fue gastando con el tiempo, y en momentos de crisis grave como la que atraviesa México en el presente, el nuevo gobernante cambió de estilo. Por primera vez, en decenios, el presidente caracterizó la época con pesimismo. Por primera vez también no prometió cosas por hacer. Simplemente dijo que las cosas estaban muy mal y que él trataría de mejorarlas. Pidió confianza, tiempo y ayuda; fe en síntesis. El nuevo Quetzalcóatl aliviará los problemas, mismos que sólo describió pero de ninguna manera explicó. Dijo cuáles eran, pero no quiénes los habían provocado y, en un golpe maestro de retórica, pidió que las víctimas de la crisis se aliaran con sus verdugos para salvar la nave de su hundimiento... “donde estamos todos”, añadió.

Y el pueblo desesperado, por tanto sediento de fe, necesitado de evadirse de la realidad nada amable, quiere creer, y en este afán aceptó la trampa del nuevo estilo. Nada de promesas. Se hará lo que se pueda. Y grandes mayorías y no pocos cómplices del poder cayeron en la ingenuidad de creer que un grupito de hombres supuestamente bien intencionados hará cambiar las cosas. El gran mito ahora es la unidad de todos. Pero no es un mito inédito. Ya fue usado muchas veces y siempre, como ahora, acompañado de la trampa más audaz de la clase dominante: la fabricación de problemas depende de unos cuantos; la solución de tales problemas dependerá de todos. Es decir, el enriquecimiento desmedido de unos pocos de la sociedad nacional e internacional lleva al resto de la población a un mayor empobrecimiento y a una crisis. La solución de la crisis consistirá *no* en restringir las ganancias de los privilegiados, sino en que los pobres acepten con los ojos vidriosos su condi-

ción de explotados y, por si fuera poco, apoyen a un gobernante que "hará lo que pueda", lo que equivale al regreso a los tiempos primitivos: si llueve y se salvan las cosechas, el bienestar se debe al "brujo"; si el exceso de lluvia inunda los sembradíos, la explicación se encontrará en el castigo de la naturaleza o los dioses por los "pecados" de la población; pero en todos los casos el brujo salvará al pueblo. Él es el representante de la divinidad. Lo único que exige es fe y confianza. Así conservará el poder propio y el de los que representa. Nada cambiará en las relaciones de poder y dominación. Los que provocaron la crisis hundiendo a grandes sectores de la población en la miseria, buscan salvar sus privilegios auxiliados por sus víctimas.

Éste parece ser el significado del cambio sexenal: renovar la fe y la esperanza de los ingenuos. Ya vendrán nuevos quetzalcóatl con nuevas promesas. Y así será.

16 de diciembre de 1976

Octavio Rodríguez Araujo